

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

Voces acalladas y derechos restringidos. El registro oral frente al silencio institucional.

Núñez, Paula G.

Cita:

Núñez, Paula G. (2009). *Voces acalladas y derechos restringidos. El registro oral frente al silencio institucional. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/1238>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Voces acalladas y derechos restringidos. El registro oral frente al silencio institucional

Núñez, Paula Gabriela

Introducción

En los últimos años las formas opresivas del neoliberalismo han impactado en dos aspectos que pueden vincularse: el incremento de la desigualdad en la distribución de la riqueza y el desgaste ambiental (Funtowicz y Ravetz, 1993).

Estas dos líneas de problemas pueden relacionarse a partir de las prácticas excluyentes que comparten (Núñez, 2009), dado que las situaciones ambientales críticas pueden asociarse a contextos sociales de vulnerabilidad que, paradójicamente, raramente se toman en consideración.

H. Poggiese (2001) y G. Lins Riveiro (2006) marcan que uno de los grandes problemas en la resolución en los problemas ambientales estriba en que se sobredimensiona el análisis sobre los factores biológicos en detrimento de los sociales.

Una consecuencia de este proceso es que los grupos humanos que resultan más perjudicados por las condiciones ambientales, son los menos tenidos en cuenta, constituyéndose en sociedades de riesgo sin derecho a voz. M. Acerbi y J. Barrenechea (1997) indican que este proceso lleva a que se incrementen las desigualdades sociales y a que se diseñen soluciones costosas e ineficientes. El punto que marcan estos autores, en relación a los estudios ambientales, es que la forma de estudio incorpora criterios de desigualdad y prejuicios que devienen en prácticas discriminatorias.

El contexto del neoliberalismo ha sido un ámbito particularmente fértil para la edificación de intervenciones que progresivamente acotan las vías de integración social tanto en el plano material como simbólico, continuando el proceso de explotación de recursos con el consecuente desgaste ambiental. Como indica O. Ianni (1992:39) es una etapa del capitalismo en la que *“los procesos de concentración y centralización del capital adquieren mayor fuerza, envergadura, alcance. Invaden ciudades, naciones, y continentes, formas de trabajo y de vida, modos de ser y de pensar, producciones culturales y formas de imaginar”*.

Es en este marco donde las situaciones ambientales pueden convertirse tanto en el principal justificativo de la desigualdad discriminatoria, como en uno de los escenarios más dramáticos del propio ejercicio de diferenciación.

La pregunta por la crisis ambiental y por los sectores subalternos nos lleva a una reflexión que nos sitúa frente al ejercicio de derechos, esto es, a la posibilidad de la participación ciudadana y al descubrimiento de las jerarquías de desigualdad que se han ido fortaleciendo en el contexto del proceso neoliberal.

El ambiente de los sectores subalternos

San Carlos de Bariloche es una localidad cordillerana reconocida como destino turístico por la belleza del paisaje cordillerano que la contiene y la circunda. Un paisaje que, paradójicamente, no parece contener en situación euivalente a su pluralidad de habitantes. En el poblamiento de Bariloche se fue introduciendo un esquema de establecimiento de sectores populares que intentó circunscribir los habitantes con situaciones más vulnerables a espacios geográficos específicos como “el alto”, considerado casi ajeno a “la postal” que se asume como reflejo de la ciudad. De este modo se ha ido edificando una integración limitada en términos de ejercicio de derechos y posibilidades (Fuentes y Núñez, 2007).

Estas iniciativas, que por ejemplo implicaron traslados forzados de amplios sectores de la población en el período 1976-1983 (Fuentes y Núñez, 2008), imprimieron en el imaginario local formas de exclusión social que se profundizaron en los últimos años. En un intento por recorrer estas formas excluyentes en las prácticas vigentes analizo la incorporación de ocultamientos institucionales a las iniciativas de desarrollos autónomos alternativos de sectores populares, a través de la desvalorización oficial respecto de experiencias generadas en contextos de subsistencia.

A fin de indagar los fundamentos de una práctica social expulsiva, recorro los justificativos públicos de la diferencia, sobre todo en relación al derecho de un ambiente sano en una localidad que vive de su paisaje. Al respecto encuentro una recurrente apelación a consideraciones biológicas que se asumen como antagónicas a lo social, y sobre las que se fundamentan las formas de intervención limitadas.

El caso

El caso que presento avanza sobre una iniciativa surgida de estrategias de subsistencia desarrolladas en una de las más profundas crisis económicas de Argentina. Se trata de la

recuperación de residuos urbanos llevada adelante por la Asociación de Recicladores Bariloche (en adelante ARB), ámbito donde realizo las entrevistas¹.

La creación de este grupo se dio en uno de las peores situaciones de incertidumbre económica, la crisis política, social y económica del año 2001. La mayor parte de l@s integrantes de la ARB pertenece a la población caracterizada por el mayor porcentaje de población infantil, afectada por las condiciones sociales más desfavorables de la ciudad, ya sea en cobertura social, nivel de instrucción, asistencia escolar, desocupación, hacinamiento y necesidades básicas insatisfechas (Sánchez, Sassone y Matossian, 2007).

Zulema M. presidente de la ARB, de 35 años, recuerda el modo en el que llega al vertedero “mi marido hace 8 años, más o menos, se quedó sin trabajo. Primero insistí en conseguir un plan social y después me la rebusqué así, en lugares por ahí donde daban comida. Cosa que nunca había llegado ni en mi infancia ni tampoco en los primeros años de mi matrimonio. Y bueno, después empezaron a venir mucha gente al basural, algunas de mis amigas, compañeras de barrio me decían “vamos que allá se puede hacer algo, que se yo, juntar metales”, y así empecé a venir”.

Norma, de 43 años, también ese horizonte de experiencias compartidas. Recuerda que llegó al basurero esa la época (año 2001) “en que dejé de tener trabajo... yo trabajaba limpiando casas y en esos años ya nadie contrataba a nadie, yo ya no tenía sueldo... y tenía siete hijos y la necesidad de pagar la casa chiquita que tenía”.

Los motivos que justifican esta actividad tienen, en muchos casos, connotaciones vinculadas a la responsabilidad familiar. Por ejemplo, cuando Zulema recuerda “...cuando mi marido trabajaba bien ganaba bien y podíamos mantener los chicos bien, bien comidos, bien calzados, todo. Y bueno, la idea mía fue seguir el mismo ritmo de vida, en los años, el uno o dos años que nosotros estuvimos más que nada con el plan, nos faltaba todo, quería cocinar y que te faltaba una papa, te faltaba una cebolla... y eso yo no lo quería para mí”.

El problema infantil no sólo afectaba a los hijos propios, sino que trascendía hacia un problema más general que involucraba el propio derecho o seguridad de estar en el predio del vertedero. Cuando la presencia infantil involucraba abandono la presencia de niñ@s implicaba nuevas connotaciones.

¹ Las entrevistas y observaciones que se toman en el presente trabajo fueron realizadas durante los meses de octubre, noviembre, diciembre de 2001 y enero de 2008. En todos los casos se informó que los datos iban a ser utilizados como parte de trabajos de investigación.

“Había chicos que vivían directamente en el basural a los cuales nosotros no conocíamos los padres ni nada. Un abandono total de muchos chicos, eso me conmovió porque yo también soy madre y yo trataba de hacer todo para que a mis hijos no tuvieran necesidad ni andar de esa manera como andaban los pibes” (Zulema).

El problema de los niños era percibido por todas las personas que buscaban alternativas en el basurero, “José Miguel dice ser un experto en hambre: conozco todos los tipos de hambre”, afirma. “la más dura es esta, yo tengo hambre, pero los chiquitos esos también, miralos pobrecitos que desesperados están. Por eso ésta duele más”. (Fuentes, 2007: 160; observaciones en el vertedero 2001)

Este problema, y la necesidad de desarrollar alternativas a la precaria situación económica, donde las formas clásicas de contención se habían diluido, fueron la base de una búsqueda de alternativas que desembocó en la organización productiva de este grupo.

Hoy la ARB recupera 180 toneladas de residuos por mes y contiene a 54 personas trabajando de forma permanente. Las mujeres y los varones que encontraron una alternativa en la ARB eran, en general, “otros asimétricos y silenciosos” que estuvieron especialmente desamparados en el 2001. En este marco reconocieron en la búsqueda del vertedero una salida mucho más digna que los posibles recorridos por centros que entregaban alimento, o la realización de reclamos en el centro de la ciudad. En este sentido podemos pensar este proceso como un logro, que sin embargo tiene profundos problemas al momento de ser reconocido.

En este punto creo interesante apelar a la idea de márgenes de libertad propuesta por S. Beauvoir (1998), cuando indica que las posibilidades concretas que a cada cual se le ofrecen de realizar como libertad son finitas y, además, se pueden aumentar o disminuir desde “fuera”, esto es, desde un contexto disciplinador que acota los márgenes de acción.

En el proceso de crisis en que se constituye la ARB, los márgenes de libertad parecen ampliarse cuando se desdibuja hasta el mínimo horizonte de posibilidades existentes desde las formas estatales de contención.

El vertedero, que era un espacio ajeno o poco atractivo, se vio lleno de personas que reconocieron en esta actividad una perspectiva nueva: “Rafael se siente un tipo diferente al del mes pasado. “Ya no recibo la comida de la boca”, cuenta con ganas. Decidió, como otros, caminar todas las mañanas un par de kilómetros con su carretilla y emprender la expedición matutina al basural municipal, el “shopping”, como lo

denominan los vecinos. “Por lo menos ahora me siento un tipo útil. Voy y busco un poco de carne, cosas para picar. Eso sí, le pongo dos gotas de lavandina a todo. Al pasar recordaba que no sabe por qué razón los casos de hepatitis se han incrementado en su familia”. (Fuentes, 2007: 160-6. Observaciones del 2001)

Este inicio tan dramático hoy lleva a reflexionar a l@s integrantes de la ARB que “si no hubiese estado la necesidad, el que hubiese gente en el basural, hoy no tendríamos el reciclaje acá”. A la luz de esta experiencia puede pensarse que las máximas condiciones de vaciamiento institucional dieron lugar a un proceso fundado en valores que difícilmente se encuentran ligados a iniciativas productivas, como la maternidad o la contención social.

Zulema recupera en su relato algunos de los acompañamientos que se hacen en este marco “No es sólo el trabajo lo que hay acá, es también la contención social, que yo muchas veces me siento como una vieja, porque tengo que hacer de madre para los adolescentes, que tenemos chicos de 18 años para arriba, y de contención para muchas chicas solas, o los jovencitos. Eso me llena un montón, el poder ayudarlos... hay una piba que entró el año pasado, tiene 19 años, tiene gemelos, a la cual tuve que hacer apoyo... una chica de la calle que tuvo dos bebés, sin familia, nada... la mayoría /de los integrantes de la ARB/son chicas que tienen sus hijos, uno o dos, y encaminarlas nomás. Encaminarlas en el sentido de decirles bueno ya tenés un trabajo, tratá de arreglarte con los nenes... han mejorado las condiciones de trabajo de la gente con el sueldo, entonces se pueden organizar pagando a otra persona... y entonces sus hijos quedan cuidados. Yo trato de transmitir mi experiencia a las chicas para que ellas puedan manejarse con sus hijos...La piba esta de los gemelos pudo manejar a los chicos todo el año, dejaba a los bebés en el jardín, pagaba a una persona que los vaya a buscar y los cuide. Es tratar de formarlos también y ayudarles, porque hay chicas que se encierran y dicen que no, que no puedo... y las abuelas, hay una abuela, la más viejita. Ella toda su vida ha sido muy aprovechada por la familia, por el marido sobre todo. Y cuando fallece el marido, lo primero que hicimos fue acompañarla, darle contención... después la abuela siguió trabajando y se apoyó mucho en nosotros y pudo salir adelante... le hemos dado vacaciones para que se quede en su casa y aparece antes del día en que tiene que presentarse, “yo me quiero venir acá porque en mi casa me aburro”.

Esto nos sitúa frente a un dilema, porque uno de los roles del Estado es constituirse como elemento integrador de la red social. El punto que parece destacarse es el peso de la reproducción institucional de las formas diferenciadas de integración, donde

diferencia implica la presencia de prejuicios peyorativos que naturalizan la idea de desigualdad social.

Entre otros prejuicios se encuentra la idea de la falta de elementos que permitan la organización autónoma a grupos de sectores populares. En este punto la historia de la ARB presenta una serie de aspectos que nos ponen de frente a las dificultades de la edificación de autonomía. De hecho se rememora que organizarse no fue sencillo, porque gran parte de quienes llegaban al basurero pensaban que las ganancias no se iban a incrementar con el trabajo agrupado, por el contrario, lo que se iba a incrementar era el riesgo a las pérdidas o a las estafas. En el proceso de organización se fueron muchos varones, en parte por la desconfianza, en parte porque la nueva organización implicaba ciertas obligaciones que no estaban dispuestos a cumplir (p.e. horarios fijos, no faltar, no sacar metal de forma privada, etc.). La desconfianza de quienes se fueron no estaba exenta de sentido común, de hecho en los inicios esta agrupación trabajó con un empresario privado que facilitó las máquinas, pero prácticamente no les reconoció partes en las ganancias. Como recuerdan Zulema y Norma, “se hizo la organización, empezamos trabajando con una empresa una empresa privada, duramos un mes con esa empresa. Pagaba muy poco, le dijimos que no seguíamos trabajando, que se lleve la máquina. Nosotros no teníamos nada, pero le dijimos que se llevara la máquina, que nosotros íbamos a seguir como estábamos. Que era juntando botellas”.

La confianza en el grupo surgió apoyada por iniciativas de organizaciones no gubernamentales que, en este contexto, plantearon una intervención dirigida a favorecer los procesos constitutivos de este grupo. En este sentido se rescata el trabajo de Gente Nueva en la figura de Elena Durón, entre otras personas que incidieron en la organización inicial a partir de la revisión del tema infantil en este espacio.

Estas intervenciones favorecieron, sobre todo, la capacidad de gestión de estos individuos con la municipalidad, y la conformación interna del grupo a partir de este ejercicio de diálogo.

En sus inicios parece encontrarse un grupo invisible, con problemas sociales que no tenían eco en el interés de funcionarios, con posibilidades de acción prácticamente inexistentes en las formas clásicas de integración laboral clásicas. Frente a estos límites logran avanzar en la acción a partir de establecer iniciativas que escapan a estos márgenes, que en este caso se relacionan a valores como la maternidad o la solidaridad así como criterios de pertenencia con sesgos excluyentes que se fueron construyendo a lo largo del tiempo.

“...Del error y todo eso fuimos aprendiendo. Y hubo gente que decía “no, esto no va a llegar a nada” Se negaron a seguir, y después cuando fue creciendo la asociación muchas de las personas que estuvieron en ese listado, 67 o más, quedaron afuera, y nosotros tenemos un reglamento dentro de la asociación que las personas que han estado no pueden volver a integrarse.

P: por qué?

Z: y una, pusimos eso porque hay muchísima gente que se anota y que está esperando el lugar, y hay personas que han estado un año, dos años en la asociación y se han ido porque no les gustó las reglas de trabajo, porque no te podés llevar el metal, cosas así, entonces como ellos querían venir a hacer lo que querían y cuando se les ocurría venían a trabajar, entonces dijimos no. Hicimos un corte ahí.

Hubo personas que venían y no, se robaban los metales... y los metales son para hacer lo de todos... Entonces hubieron cortes que dio la asociación.”(Zulema M.)

La ARB ha ido edificando estrategias de control hacia adentro, así como la búsqueda de reconocimiento a partir del trabajo hacia afuera.

Sin embargo el reclamo por el reconocimiento de la ARB continúa. El discurso de l@s funcionari@s del municipio, adolece del reconocimiento a esta experiencia, y esta ausencia se cubre con un tema que nos retrotrae al inicio de esta reflexión: sostener que el diseño de manejo del vertedero debe realizarse en términos biológicos, que no tienen que ver con la problemática social y menos aún con el particular desarrollo de la ARB². Esta falta de reconocimiento tiene aristas trágicas. Por ejemplo, que los integrantes de la ARB pidieron que los estudios de salud que se reclaman sobre las poblaciones aledañas no los tome en cuenta, porque saben que tienen problemas de salud, pero también entienden que el tema de salud puede ser un argumento para profundizar la falta de reconocimiento.

La desigualdad de derechos puede observarse en una situación de trabajo precario y en las normas legales que operan como trampa: el reconocimiento de los problemas pone en riesgo el derecho a la actividad económica que crearon y, sobre todo, a la dignidad que encontraron en este desarrollo.

² Reunión del día 15 de diciembre del 2007. Frases tomada de las declaraciones del Director de Mediambiente de la Municipalidad de San Carlos de Bariloche, Joaquín Guillot, quien al ser interrogado sobre el manejo que se piensa para el vertedero municipal tuvo expresiones como “pobres va a haber siempre, el problema de la basura es otro”; “acá el problema es que hay quienes piensan que la ARB tiene que manejar esto y nosotros creemos en un manejo privado”

La pervivencia de jerarquías y el establecimiento de límites

Es interesante pensar el neoliberalismo desde las aperturas que permiten los procesos de crisis. Durante la crisis del 2001 los márgenes de la posibilidad de acción se ensancharon lo suficiente como para dar lugar a una experiencia como la ARB. Sin embargo, con el paso del tiempo, la recomposición de las estructuras estatales y la proyección de políticas públicas que han naturalizado las desigualdades, la estrechez de los márgenes de libertad empiezan a ser cada vez más notables filtrándose el ejercicio de prejuicios en el diseño de política pública. La precarización del reconocimiento se erige como una amenaza a la experiencia vivida y los estereotipos se presentan de forma cada vez más tangible en los discursos-acciones llevadas adelante por los funcionarios municipales.

Desde la municipalidad, en línea con las formas usuales de evaluación reconocidas por H. Poggiese (2001) y G. Lins Riveiro (2006), se contemplan exclusivamente aspectos técnicos de los procesos de reciclado, en sistemas asépticos a las tensiones sociales. Así se traba el reconocimiento de quienes se erigieron como sujetos activos en la resolución de una emergencia social y una problemática ambiental. Esta perspectiva no considera como parte fundamental del análisis la única experiencia exitosa de recuperación de basura, porque no fue hecha por expertos sino por personas que desarrollaron prácticas en función de la necesidad y la urgencia. Este camino de ensayo y error no es considerado conocimiento. La falta de formación académica de los exitosos integrantes de la ARB es un justificativo para poner en discusión el valor de la experiencia.

En este punto es interesante revisar este proceso desde los márgenes de libertad, considerando los mismos desde una dimensión doble: los condicionamientos materiales y los simbólicos. Los condicionamientos materiales han redundando en una limitante de derechos efectivos. Sin embargo las limitantes simbólicas son menos claras. En principio no es obvio el reconocimiento de estas limitantes entre quienes forman la ARB, porque la crisis que tuvieron que enfrentar l@s obligó a un enorme ejercicio imaginativo para constituirse como grupo.

Zulema recuerda que en el comienzo fue muy difícil lograr persuadir a la gente del valor de unirse “fueron años de muchas lágrimas, yo lloraba mucho y no me importaba llorar delante de quien sea ¿viste? el desinterés de los funcionarios me daba así tanta indignación que me largaba a llorar... muchas lágrimas fueron esos años, por la misma gente de acá. La gente de acá no quería hacer su asociación porque decían “si nos unimos todos vamos a ganar miseria o nos van a sacar” entonces era tratar de cambiar la

mentalidad de los que estaban acá y tratar de cambiar la mentalidad de los funcionarios también”.

Animarse a pensar en la recuperación de residuos como una alternativa fue un camino que hicieron paso a paso. Hoy, a la sombra del cargamento de residuos de 90 toneladas de cartones y plásticos que juntaron en una semana, Norma recuerda que en los inicios esto parecía imposible de lograr. Zulema recuerda que en los primeros años tardaban cuarenta y cinco días en armar un cargamento que hoy lleva ocho días.

El que esta experiencia no termine de ser reconocida da cuenta de las limitantes simbólicas de funcionarios y la falta de vías materiales de integración social. El fundamento de los profesionales del municipio es académico, porque asumen que la única argumentación válida debe provenir del mismo ámbito de conocimiento desde el cual ellos razonan.

La ARB fundamenta su éxito en valores que usualmente no cotizan en el mercado neoliberal que signa prácticas e imaginarios: la maternidad, la solidaridad, la contención social. Aspectos que usualmente se reconocen desde dependencias de acción social, pero que difícilmente se toman en cuenta en las oficinas de planificación urbana. El problema que enfrentan las estructuras estatales es que, en base a estos fundamentos, se ha llevado adelante una iniciativa económicamente exitosa y se ha dado inicio a la más importante campaña de educación ambiental.

Ahora bien, como el éxito económico no suele referirse a procesos alejados de la razón económica más científica (instrumental), el ejemplo de la ARB no termina de adecuarse a los cánones de evaluación clásicos, y entonces se termina evaluando como un proceso casual o con menos importancia de la que podría tener un emprendimiento privado. En este sentido las limitantes de la situación presentada se enraíza más en las limitantes de la visión de ellos que en los condicionamientos materiales, las trabas a las acciones se introducen por la percepción del proceso de la ARB como casual, ligada a aspectos afectivos y no económicos en una ciudad donde, como indica R. Fuentes (2003) “...la lógica política de la negociación fue dejando lugar a la lógica económica para solucionar los problemas sociales. En este punto, ocurre un alejamiento de la categoría *vecino* como sujeto activo partícipe de la invención o diagramación de las políticas públicas, un vecino-ciudadano que, como tal, discute el significado de sus demandas englobada en lo político institucional y no dentro de su restringida concepción de vecino como cliente de un negocio. En la orientación de las políticas públicas predomina un

criterio fiscalista e impositivo como lo demuestran los testimonios de intendentes y funcionarios al afirmar que todos deben pagar algo para recibir algo a cambio”.

Estas limitantes en el modo de conocer que naturalizan integraciones desiguales no son potestad de un grupo de funcionarios, sino que parecen formar parte de la lógica de acción de gran parte de las dependencias estatales en todos los ámbitos, uno de los ejemplos más pintorescos de estas limitantes y prejuicios proviene del jardín de infantes. Cuando pregunté a Zulema por las dificultades para actuar como trabajadora, dirigente y difusora de la experiencia, ella mencionó que lo más difícil de sobrellevar fueron las horas lejos de sus hijos menores, que la reclamaban mucho más que sus hijos mayores, y sobre esto agregó “el reclamo también ha sido desde la escuela, más que nada del jardín que hacen muchas reuniones y uno no puede estar en todas”. Las maestras, guiadas por una clara concepción maternal clásica, no reconocían en la enorme tarea que estaban enfrentando Zulema, Norma y tantas otras trabajadoras un justificativo para no ir a las reuniones. Pareciera que ella, mujer de sectores populares, debía cumplir las tareas clásicas de madre-esposa ligada a lo doméstico.

J. Butler (1997), recupera la idea de M. Foucault quien sostiene que los sujetos regulados por los sistemas jurídicos de poder “son, en virtud, sometidos a ellos” (Butler, 1997: 1). En el caso analizado son los sistemas políticos de poder en general los que someten. Los límites que se proyectan hacia las posibilidades del ejercicio de libertad están mediados por las estructuras estatales y la formación de sus profesionales. No es extraño, entonces, que la gente de la ARB no quiera escuchar la opinión de los profesionales médicos. Porque la experiencia les muestra que los profesionales ayudan a tomar decisiones basadas en prejuicios, que en este caso puede atentar contra los grados de libertad que supieron captar y ampliar desde una situación de crisis estatal.

La desigualdad y la “otredad asimétrica” se perciben, sobre todo, en términos de clase, pero esconde profundas trabas desde prejuicios de género. Las trabas simbólicas (que preceden las trabas en la posibilidad de acción de la ARB) se deben a que no son consideradas como iguales a los funcionarios que definen políticas públicas.

Ahora bien ¿qué significa considerar como iguales? I. Santa Cruz (1992) trae reflexiones que llaman la atención sobre las trabas que se ocultan en ciertos reclamos de igualdad e integración. Esta pensadora reflexiona sobre el problema de pensar la igualdad en relación a un modelo estandarizado y excluyente, desarrollando como contrapropuesta aspectos para pensar en una igualdad que no implique uniformidad. Así

considera cuatro puntos a tomar en cuenta: 1- la autonomía, que significa tener la posibilidad “de elección y decisión independientes, que involucren la posibilidad de autodesignación, 2- la autoridad, o “la capacidad de ejercicio de poder... solo puede llamarse iguales a quienes son equipolentes”, 3- la equifonía, es decir “la posibilidad de emitir una voz que sea escuchada y considerada como portadora de significado y de verdad”, y 4- la equivalencia, esto es “no ser considerado ni por debajo ni por encima del otro” (:147). En el caso presentado como ejemplo pueden encontrarse fallas en todos los niveles de igualdad, ni la reciprocidad ni el mutuo reconocimiento terminan de establecerse de forma clara, y el justificativo fundamental de la asimetría proyectada en tantos planos es, sobre todo, el argumentar desde un nivel de conocimiento que se considera como fundamental o superior al de otros campos del conocimiento.

Como indica Santa Cruz, “la asimilación es siempre pensada desde el modelo dominante” (:146), y como la experiencia de la ARB no parece fácilmente asimilable (tal vez porque se sostiene sobre valores que tienen más que ver con caracteres de género que sobre racionalidad económica), se percibe como ajena o extraña a cualquier proceso de desarrollo. Se trata de un ejemplo que muestra como los supuestos de jerarquía en los modos de conocer operan como trabas a la integración.

Conocer y (re)producir desigualdad

E. Said (1990) explora, tras el concepto de “oriental” la vasta red de prejuicios que, desde el modo de conocer, legitiman visiones que asumen prejuicios peyorativos como punto de partida de aquello que se busca conocer. En el caso de la ARB nos enfrentamos a una situación similar, sólo que el lenguaje de los prejuicios se proyecta en letras biológicas, desde las cuales se pone en duda la capacidad de manejo y autonomía del grupo implicado.

Tras ciertos formatos de análisis, como aquellos que asumen a la inteligencia como elemento innato, o en los supuestos que asumen como escindida a la naturaleza escindida de la sociedad, se han ido incorporando nuevos fundamentos que justifican que lo diferente al modelo de humano occidental, moderno (y podríamos agregar varón de clase media) es, esencialmente, menos capaz de generar autonomía (Gould, 1997).

Las tensiones que acarrea la pervivencia de jerarquías diferenciadas se proyectan en prácticas locales de diversas formas, pero en general puede pensarse que afecta la percepción de los problemas y la equifonía de las voces involucradas. B. Agarwal

(1998) reconoce en problemas medioambientales de de la India que “La cuestión... es el proceso por el cual lo que se considera como “conocimiento científico” se genera y aplica, y cómo se distribuyen los frutos de esta aplicación” (:203). Así señala “Dentro de la jerarquía del conocimiento, el que de adquiere mediante las formas tradicionales de interacción con la naturaleza tiende a ser considerado menos valioso” (: 203). Y bajo este supuesto se oculta y niega la capacidad de acción e iniciativa de l@s protagonistas. Las consecuencias de esta mirada acotada, que quita formatos de diálogo a diversos actores, cobran ribetes críticos cuando comienzan a repetirse los elementos de crisis que dieron lugar al surgimiento de la ARB. En la actualidad el problema de los niñ@s, adultos y ancianos que se alimentan en el vertedero vuelve a ser noticia de los medios locales. A eso se agrega la situación de colapso del vertedero, las alimañas que reúne un ámbito de depósito a cielo abierto, los sucesivos incendios, las bolsas de residuo que se multiplican en los predios aledaños y la contaminación regional que se agrava en la medida en que no se concretan soluciones definitivas.

Al interior del predio se establece una silenciada disputa sobre el derecho a revisar la basura, que enfrenta a vecin@s contra vecin@s minando incluso procesos de pertenencia de integración en la propia ARB.

La historia oral como herramienta

En este complejo plano de problema, la construcción de conocimiento se plantea como una importante herramienta simbólica que disputa los lugares de invisibilización edificados. En este sentido la historia oral otorga fuerza a la interpelación de nociones como objetividad y neutralidad demandando, desde el descubrimiento de las formas opresivas institucionalizadas, la revisión tanto de la estructura desigual como de los modos de estudiar e interpretar la complejidad presente.

El reconocimiento de las voces, y de las experiencias que se relatan, nos da una perspectiva densa en torno al entramado de ocultamientos institucionales.

La municipalidad se erige como la referencia más directa y sencilla, pero las instituciones educativas o de salud continúan reproduciendo formas opresivas que impactan en el debilitamiento de los grados de autonomía de l@s pobladoras/es más vulnerables.

Revisar desde este lugar las resistencias a los embates neoliberales pone en evidencia que estos ejercicios de generación de alternativas pueden deberse a conciencias ideológicas, pero en el caso que vemos se refieren estrictamente a búsquedas de

estrategias de subsistencia. Dado que son ámbitos que se encuentran desintegrados en planos materiales y simbólicos, con escaso acceso a ámbitos de gestión.

En este sentido merece destacarse que la sobrevivencia a la crisis por parte de los sectores populares de Bariloche debe mucho a una base de saberes indiciarios y conjeturas. Es un conocimiento primordialmente corporal en el sentido de que han tenido siempre que ponerle el cuerpo al estado de crisis- casi permanente- que los afecta. El saber de la conjetura y de la coyuntura es, no la síntesis, sino la unión entre diferentes saberes y pequeñas hipótesis.

Como indican R. Fuentes y P. Núñez (2007), las culturas de la crisis son también culturas del rebusque y del reciclaje: se intenta zafar inventando algo y para ello los límites de lo legal son -y no siempre- la última frontera de la exclusión. Por esos saberes residuales e indiciarios que pasan por estrategias de reproducción de sentido, de resignificación de la vida, del trabajo y de la calle, la mayoría no solo sobrevive sino que recrea, produce y vive en la ciudad.

Es ámbito de generación de respuestas y alternativas, apelando a redes de contención y solidaridad, con limitaciones y contradicciones, pero desde las cuales se pueden pensar alternativas a la integración. Son referencias que hacen ineludible la compleja imbricación de planos ambientales y sociales y, sobre todo, que nos llevan a preguntarnos cada vez más acerca de nuestros modos de conocer y los problemas que generamos por considerar un modo de conocer como superior y a la igualdad sólo en términos asimilacionistas.

Y esto me lleva a una introspección en el diálogo que nos debemos con nuestros interlocutores, pero también con las instituciones que se han apropiado de esa forma de saber, que han asumido las jerarquías y los derechos diferenciados a las palabras: los ámbitos que generan conocimiento reconocido.

La visualización de estos procesos pone en evidencia la necesidad de empezar a tensionar las prácticas de las instituciones que nos contienen, de nuestras propias universidades, de los criterios valorativos que diferencian lo que es conocimiento de lo que no lo es. Porque esos tejidos institucionales también están atravesadas por las embestidas simbólicas del neoliberalismo.

El caso que presento da cuenta que la resistencia puede encontrarse incluso en los ámbitos de subsistencia más básicos, pero que los límites de esa resistencia tiene que ver, entre otros factores, con el modo en que conocemos y reconocemos procesos. Poner en tensión nuestros propios marcos teóricos y nuestras prácticas institucionales puede

formar parte de las resistencias o reproducciones, ese grado de libertad es un privilegio y una responsabilidad. Resistir en las teorías e ignorar las incidencias prácticas, o asumirlas como ajenas a nuestro interés, nos sitúa en uno de esos extraños grises donde la pregunta por la resistencia no necesariamente nos salva de la reproducción.

Bibliografía

- Acerbi, M. y Barrenechea, J. (1999) “Análisis de las estrategias frente al derrame de petróleo en Magdalena (Provincia de Buenos Aires, Argentina)”. Trabajo presentado en el: V Congreso Internacional sobre Desastres. Palacio de las Convenciones. La Habana. Cuba. 7 – 10 de septiembre.
- Agarwal, B. (1998) “El género y el debate medioambiental: lecciones desde la india” en Agra Romero, María Xosé (comp.) *Ecología y Feminismo*. Ecorama. Granada-España. pp179-226
- Beauvoir, S. (1998) *El segundo sexo*; Cátedra, Madrid.
- Butler, Judith (1997) “Sujetos de sexo/ género / deseo”. *Feminaria* año X, Nº 19. pp 1-20
- Fuentes, R. (2003) “Fragmentación social e identidad barrial. Los Barrios Pilar 1 y 2 de Abril de San Carlos de Bariloche (1995-1999)” Tesis de Licenciatura en Historia. Universidad Nacional del Comahue.
- Fuentes, R.D. (2007) “La historia oral: apuntes teóricos y metodológicos” en Fuentes, R. y Núñez, P. *Sectores populares, identidad cultural e historia en Bariloche*. Núcleo Patagónico. Argentina.
- Fuentes, R. y Núñez, P. (2007) *Sectores populares, identidad cultural e historia en Bariloche*. Núcleo Patagónico. Argentina.
- Fuentes, R. y Núñez, P. (2008) *Robles-Pilar I: Identidad y lucha por la tierra en San Carlos de Bariloche*. Núcleo Patagónico. Argentina.
- Funtowicz, S. Y Ravetz, J. (1993) *Epistemología política, ciencia con la gente*. Centro Editor de América Latina, Argentina.
- Gould, S. (1997) *La falsa medida del hombre*. Drakontos. Madrid
- Ianni, O. (1992) *A sociedade global*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Lins Ribeiro, G. (2006), “Poder, redes e ideología en el campo del desarrollo” serie antropología 383. Brasília

- Núñez, P. (2009) *Ecología y praxis ambiental. Una revisión de presupuestos*. Tesis doctoral. Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata.
- Poggiuese, H. (2001), “Alianzas transversales, reconfiguración de la política y desarrollo urbano: escenarios del presente y del futuro”, en Ana Clara Torres Ribeiro (comp) *Repensando la experiencia urbana de America Latina: cuestiones, conceptos y valores*. CLACSO. Quito.
- Said, E. (1990) *Orientalismo*. Libertarias. Madrid.
- Sanchez, D.; Sassone, S. y Matossian, B. (2007) *Barrios y áreas sociales de San Carlos de Bariloche: análisis geográfico de una ciudad fragmentada*. AEPA. Córdoba-Argentina.
- Santa Cruz, I. (1992) “Sobre el concepto de igualdad: algunas observaciones”. *Isegoría* N° 6. pp 145- 152